

de la irregular composición XXVIII, de la que nos ocuparemos en el anunciado artículo y en la tesis que preparamos.

PEDRO CRESPO REFOYO

GONZÁLEZ OLLÉ, Fernando, *Introducción a la historia literaria de Navarra*. Pamplona, Gobierno de Navarra. Dirección General de Cultura-Institución Príncipe de Viana, (Colección breve ilustrada, n.º 9), 1989, 207 págs.

El libro de González Ollé se presenta como una más de sus contribuciones a los temas de lengua y literatura de Navarra. En esta ocasión pretende trazar un panorama de la literatura navarra basándose en la selección de un conjunto de autores y obras aislados, presentados por orden cronológico, que es también la secuencia de aparición de los distintos géneros en los que se agrupan. De este modo, a pesar de la selección, existe una ilación entre los capítulos que se percibe desde sus títulos: «José de Sarabia, cima poética»; «Una prosa lujosa»; «Llega el teatro»; «Por fin, la novela». Es esa la idea que quiere transmitir: «en esta continuidad encuentro un factor relevante para constituir o determinar una tradición literaria, no tanto en la dimensión meramente cuantitativa del producto» (p. 11).

El profesor navarro estudia aquí,

con su habitual rigor en los datos, la actividad literaria de algunas figuras que hasta el momento habían recibido un tratamiento escaso o nulo (Dicastillo, Cortés...). Asimismo formula abundantes juicios acerca de la labor artística de los autores seleccionados, cumpliendo el propósito enunciado en la introducción: «habría de otorgarse el justo relieve diferencial a determinadas figuras, destacándolas de la medianía general» (p. 10).

Con este enfoque renuncia a propósitos más abarcadores y explicativos, como la imbricación entre la historia de este pueblo y la de las lenguas en las que se ha expresado oralmente y por escrito, y en la que han recibido mensajes literarios los «lectores y oidores» navarros. Es en el final: «La Historia, maestra de la literatura», donde señala como única conclusión la circunstancia «previamente ignorada» de que la literatura navarra «se configura íntimamente entrelazada con la historia» porque sus autores se esfuerzan en la plasmación exacta de los hechos históricos en los que con tanta frecuencia se inspiran. Ello supone, como él mismo intuye, ciertos problemas derivados de la caracterización global de una serie literaria (p. 203).

En este trabajo amplía los apartados dedicados a la literatura repartidos en tres artículos sobre las lenguas de Navarra: «La lengua occitana en Navarra», *RTDP*, 1969, 25, pp. 285-300; «Vascuence y romance en la historia lingüística de Navarra», *BRAE*, 1970, 50, pp. 31-76; «El romance navarro», *RFE*, 1970, 53, pp. 45-93. Escritos que se-

rán usados en el presente comentario porque explican ciertos puntos apenas mencionados en la *Introducción*, en particular los relativos a la historia lingüística de la región.

La literatura navarra (como su documentación) hasta el Renacimiento, se escribe en latín y romance (occitano o ¿navarro-aragonés?). Si pensamos en la «condición plurilingüe del territorio étnicamente vascón: el vascuence ha convivido con lenguas celtas y celtibéricas y con el latín...», y consideramos que «esta misma situación va a continuar hasta el tiempo presente respecto del romance» —en palabras de G. Ollé—, se comprenderá que el perfil lingüístico de Navarra exhibe caracteres únicos en la Edad Media peninsular, inabarcables bajo el marbete de «bilingüismo». La explicación de nuestro autor para la falta de escritura del vasco en una zona que geográficamente se muestra homogénea en el uso hablado de dicha lengua es de orden sociocultural: «Frente a una población mayoritaria, rural, formada por labradores, o artesanos y servidores en las villas, de habla vasca, analfabeta, existía un estamento minoritario dirigente, romanizado, urbano (inicialmente al menos, sería preferible decir palaciano y cenobial), de nobleza y clerecía [...] y, en menor grado, militares subalternos y comerciantes, bilingües, cuyos modelos culturales —la escritura entre ellos— eran de origen latino» (*BRAE*, 1970, p. 72). La difusión social del vasco se fue reduciendo de forma progresiva a favor de un romance que nace en este medio lingüístico tan diverso con vocación de

sustituir al latín y diferenciarse del vasco; acercándose de este modo a la situación de otros reinos (como León) y según «una cierta unidad de evolución lingüística impuesta a gran parte de España durante la época visigoda» —para Menéndez Pidal—. Así se introduce en los documentos hacia 1220 según Lacarra (mediados del siglo X, si contamos las glosas emilianenses, como quiere González Ollé.)

Parece muy adecuado que esta *Introducción a la historia literaria de Navarra* se inicie con la referencia a la situación de los monasterios pirenaicos a mediados del siglo IX; situación «propicia para un florecimiento literario» (p. 18) y también lingüístico, sobre todo en torno a Sangüesa y Leire, la zona más romanizada y cristianizada, de donde procede la nueva dinastía Jimena (representante de la influencia franca o carolingia). Con ella, en el siglo X, Navarra «comienza a dar señales de vida» (Lapesa) con la reconquista de la Rioja; otra zona de personalidad lingüística muy marcada, en cuyos monasterios, desde Sancho Garcés, «convergen influencias mozárabes del sur y del oeste, castellanas, pirenaicas y ultrapirenaicas, patentes en variados órdenes de actividades» (p. 18).

El romance navarro, convertido en lengua de la cancillería —no tan habitualmente en lengua de creación literaria— se ha identificado siempre con la modalidad aragonesa, sin tener en cuenta una verificación objetiva, según G. Ollé. Al margen de los caracteres específicamente navarros como las grafías, Saralegui ha

visto en la documentación de Irache (958-1397) que este romance se define por la participación de rasgos castellanos y aragoneses en una proporción «sin equilibrio estable» en el tiempo: desde una coincidencia con el aragonés a la identificación con el castellano. Ello puede interpretarse como evolución espontánea o «imitación del dialecto central». Saralegui propone una suerte de castellanización indirecta a través de la *scripta*, modelo y norma del habla coloquial; «En la medida en que la *scripta*, más que el habla viva, estaba sujeta a una progresiva castellanización, se iría castellanizando también el habla viva». Este proceso, para González Ollé, se halla consumado a fines del XV, antes que en Aragón (donde existía un mayor contacto con Castilla). Esto nos sitúa ante problemas como la recepción de esa *scripta* y nos recuerda la responsabilidad en el proceso descrito del vacío literario de Navarra.

Si en su artículo «El romance navarro» el autor concluye: «el cantar de *Roncesvalles* no parece de origen navarro», este trabajo afirma: «Puesto que éste presenta también, aunque escasas, formas no castellanas, además de atenerse a grafías típicamente navarras, no encuentro motivo para poner en duda o negar que se compuso en la misma región en que se encontró» (p. 48). En cualquier caso, no hay más pruebas de este romance en la poesía medieval; habrá que esperar al siglo XVI para que aparezca la muestra más abundante de elementos dialectales en la obra de Arbolanche, que busca «la creación de una épica culta».

La situación lingüística se complica más con la mención de las «minorías lingüísticas» en la Edad Media, a las que nuestro autor dedica un capítulo en la *Introducción*. Se trata de grupos marginales que mantienen su lengua y dejan manifestaciones literarias (más que el vasco y el navarro; las dos obras de «mayor envergadura literaria de la Navarra medieval» están escritas en occitano [p. 72]). Ciertos grupos no son privativos de Navarra: mozárabes, árabes y judíos; los últimos debían ser bilingües o trilingües (algunos hablan vasco, según Michelena). Otros núcleos, como los *francos* son más característicos de Navarra. Su influencia aquí no puede explicarse «simplemente como efecto de las corrientes inmigratorias francas o de la difusión de la poesía trovadoresca», sino como resultado de una dilatada presencia eclesiástica, dinástica y cultural. (*RDTP*, 1969, pp. 293-294).

Gran parte de la población *franca* está integrada por mercaderes y artesanos ultrapirenaicos, inmigrados a algunas ciudades de la ruta peregrina, allanada por Sancho el Mayor y «convertida en nervio activo del comercio internacional» —en palabras de Menéndez Pidal—. Esta población, dotada por los reyes con estatutos jurídicos de franquicia, se agrupa, desde el siglo XI, en barrios y calles, como sucede en Pamplona, donde se mantiene extraña a la *navarrería*, separados los recintos por murallas y fosos.

En la documentación de estos burgos, y hasta el siglo XIV, conviven dos romances, uno de ellos es el

provenzal u occitano (que González Ollé concreta como «gascón»). Además, la influencia lingüística occitana se revela en los textos latinos del siglo XII y, por supuesto, en el romance navarro (en unidad con el aragonés), nacido en el este del reino en las circunstancias ya analizadas.

Frente a otros núcleos de población *franca* (en Extremadura, Toledo, Asturias e incluso del sureste de Navarra), el occitano —opina nuestro autor— sobrevive en ciertas zonas por su «enquistamiento inicial en territorio vascohablante», diferencia que vedaba toda posible comunicación inmediata. Desaparecerá en el siglo XIV con el cese de las inmigraciones, al romperse su vinculación con el origen ultrapirenaico y debilitarse por ello su economía comercial (RDTP, 1969, p. 296). Pero existe además otra colonización *franca*, no de comerciantes sino de labradores (Zaragoza, Tudela) de consecuencias sociales y lingüísticas diferentes: «la fusión» de grupos y hablas; «Entonces los más imponen su norma: aragonés y no languedociano» según apunta Alvar.

Para González Ollé la influencia en las hablas locales de las otras zonas donde hubo presencia *franca* se reduce a la onomástica o a la mezcla de rasgos que delatan la mano de redactores extranjeros en *El Auto de los Reyes Magos* o en el *Fuero de Avilés* (RDTP, 1969, p. 297). Pero «la asimilación de los emigrantes *francos* —como señala Lapesa— y la consecuente oleada europeísta, una de las que a lo largo de nuestra Edad Media contrapesaron el influjo oriental» significa una «acultura-

ción» (con el término de F. Abad) de huellas más profundas en la historia del español.

MARÍA LUISA PECES GÓMEZ

LÓPEZ MORALES, H. *Sociolingüística*. Editorial Gredos. Madrid. 1989.

Esta joven ciencia que es la sociolingüística, nacida entre el escepticismo de la lingüística teórica —cuyo interés prioritario es el sistema de la lengua— y su desarrollo por antropólogos, sociólogos y psicólogos sociales, creció en sus inicios desprovista de un marco teórico riguroso, sin un claro objeto de estudio y sin los instrumentos metodológicos adecuados. Intentos de precisar los límites de estudio de esta disciplina, como los llevados a cabo en los años sesenta, por parte de William Bright y de Joshua Fishman, pueden ser destacados, ya que han sido pioneros y a pesar de que presentan notables incongruencias teóricas en tanto que atribuyen a la sociolingüística campos de investigación tradicionalmente adscritos a la psicolingüística o a la etnolingüística.

Humberto López Morales es figura fundamental en los estudios de sociolingüística dentro del dominio hispánico y debe ser muy tenido en cuenta ante el interés creciente que despierta en la actualidad esta nueva